

El guatemalteco Eduardo Halfon novela la historia de un tío muerto que su familia siempre le ocultó

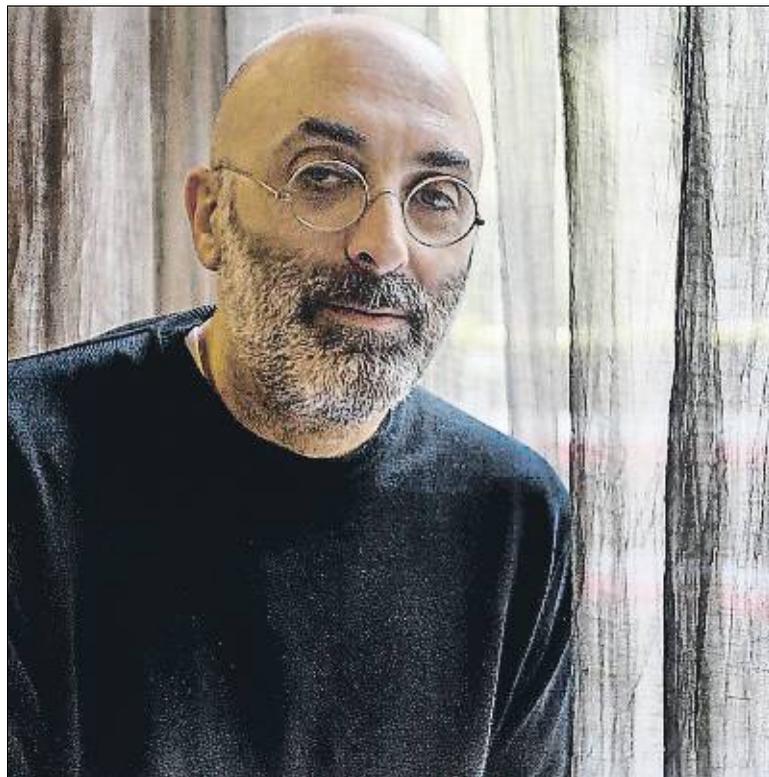
El lago de los niños perdidos

XAVI AYÉN
Barcelona

A partir de un equívoco, un malentendido o un silencio familiar, Eduardo Halfon (Guatemala, 1971) ha construido de nuevo una de sus breves y magnéticas novelas. *Duelo*, recién publicada por Libros del Asteroide, trata del hermano muerto de su padre, fallecido cuando solo tenía 5 años. Indagando en esa misterioso hecho, del que parece imposible conocer causas y detalles, el investigador-narrador-autor edifica una obra que conforma una continuidad con sus últimos títulos.

“Antes que nada, me vino la primera frase: ‘Se llamaba Salomón. Murió cuando tenía cinco años, ahogado en el lago de Amatitlán’. Yo tenía un equívoco en la memoria, creí que había muerto ahogado, pero hablando con mi padre resultó que no, que fue en Nueva York, está enterrado allá, nadie sabe dónde, ni de qué enfermedad murió”.

La familia Halfon, con todas sus ramificaciones, parece una mina de la que se van extrayendo historias fantásticas. “Todas las familias, creo yo. La cuestión es cómo conviertes las anécdotas en literatura”. Algunas páginas parecen cruzarse con *El padrino*, pues “mi papá tuvo un socio Bonano, del clan mafioso, en Miami. Su hijo y yo jugábamos en el mismo equipo de fútbol”. Y “el socio del tío Emile apareció muerto en el mar. Aún guardo el recorte de



INMA SAINZ DE BARANDA

Eduardo Halfon, fotografiado ayer en un hotel de Barcelona

prensa en que explica cómo el hermano de mi abuelo estafó a una viuda millonaria, a la que enamoró y luego le hizo creer que ella estaba comprando una fábrica de lencería en Francia, regida por monjas, le dio el dinero a él para eso, y más tarde le hizo comprar un pueblo entero, pero eran falsas inversiones, él se quedaba el dinero”.

Por todo el libro sobrevuela la

presencia monstruosa de ese lago, “un lago que se lleva a los niños, tóxico, apestoso, fuente de muerte, pero que en mi infancia fue todo lo contrario. El abuelo de mi mujer todavía va allí, a su chalet, los domingos, como si nada”.

Un lago que es una metáfora, pues “separa al Halfon niño del Halfon adulto, también limita la memoria con la ficción. Al final, pese a su toxicidad, el narrador se sumerge en él, acepta esa parte oscura, no me pregunte por qué. Es como mi relación con Guatemala, un país tan macabro, violento, al que, sin embargo, quiero. Como el judaísmo, algo que rechazo con vehemencia pero a lo que vuelvo”.

En el libro tenemos también *sobadoras*, una especie de chamanas guatemaltecas que embadurnan con ungüentos a sus clientes; a mujeres semidesnudas correteando por la fábrica de su padre; hasta a la propia madre de Halfon, que desarma a cualquiera con su belleza. “Yo veía eso como una habilidad mágica, imponía su voluntad a las autoridades, policías, agentes del

aeropuerto... La gente le dejaba hacer cosas que a los demás no les estaban permitidas, no más que por guapa”. Todo aparece impregnado de un sentido del humor sutil. “Como el erotismo, el humor aparece en momentos muy solemnes. Son válvulas de escape”.

Halfon, residente en Nebraska, escribe novelas cortas (esta, 106

“Yo jugaba al fútbol con el hijo de un mafioso, y el socio de mi tío apareció muerto en el mar”

páginas), le salen muy rápidamente pero luego se pasa años trabajando el lenguaje, “podando el bonsái, buscando la música, es casi un tambor, cadencia, ritmo, repeticiones”. En fin, “libritos que a mí me gustaría leer, de una sentada, pero todo muy profundo, un río con muchos afluentes que te lleva muy abajo”.

cas del viaje que el autor hizo a la República Popular en tiempos de Mao Tse-tung, ve ahora la luz gracias al impulso de su recuperador y

similares, arrojando una luz oscura sobre el país y su mundo cultural, cree Santonja. Esa oscuridad es hoy, sin embargo, algo menor.